

Boletín de Nuestra Señora de la Cristiandad - España N.30 - MARZO 2024

Marta y María y la contemplación de la Pasión

Johanna Pérez Garciarena, Capítulo San Francisco de Javier

Cristo y los pecadores arrepentidos. Gerard Seghers

D. Francisco José Alegría Ruiz, Canónigo-Director del Museo de la Catedral de Murcia

¿Cómo sabemos que hay Dios?

D. Víctor Asensi Ortega

Notas de actualidad

II Encuentro de Jóvenes NSC-E

Abierto el plazo para la creación de capítulos



Estimados peregrinos:

Habiendo pasado ya el ecuador de la Cuaresma, en este número seguimos profundizando en ella a través de dos artículos: el análisis de la obra «Cristo y los pecadores arrepentidos» y una reseña del Retiro de Cuaresma que tuvo lugar en Toledo el pasado febrero.

Además, continuamos con la serie de artículos sobre razón y fe, esta vez profundizando en la teoría del Big Bang.

Ante la proximidad de la festividad de San José, protector de la Iglesia, a él encomendamos la preparación de la IV edición de la peregrinación a Covadonga, que sea para la mayor gloria de Dios y el bien de las almas.

Sancte Joseph, ora pro nobis.

Diana Catalán Vitas Presidente de NSC-E



Marta y María y la contemplación de la Pasión

Retiro de Cuaresma NSC-E

Johanna Pérez Garciarena Capítulo San Francisco de Javier

D. Federico Marfil concretó y propuso el objetivo del retiro de Cuaresma de 2024 que estuvo claro desde la primera plática: hemos venido a dar gloria a Dios, a modelar nuestra voluntad para que constantemente lo alabe. Para ello, nos recordaba, el centro de nuestra vida debería ser la celebración del Santo Sacrificio: dedicarle todo el día y, así, no tener prisa para vivirlo. Que todo vaya hacia el Santísimo Sacramento y que parta de Él, como si eucaristizáramos nuestros días. Porque, como se suele decir, el que se acerca al fuego se acaba calentando. Y qué mejor que un retiro para ganar devoción y llevar a Dios más tiernamente en mí.

En los Ejercicios Espirituales, y para meditar la vida de Nuestro Señor Jesucristo, san Ignacio coloca el evangelio de Marta y María de Betania como preámbulo de Su vida pública. En la escena de Lucas 10, 38-42, Marta representa la vida activa y María, la contemplativa.

Las obras principales de la vida activa son, especialmente, las obras de misericordia corporales. Marta hospeda a Jesús: apareja la casa (el alma), sosiega el bullicio (acallar las pasiones y calmar los afectos desordenados) y amuebla el lugar (adornar el alma con virtudes y actos de caridad).

Por su parte, la vida contemplativa goza de la presencia del Señor. María se acerca a Dios, se sienta con quietud y cerca de Sus pies, con actitud reverente. En ella se aúnan humildad, reverencia, sujeción y obediencia.

Aun así, el verdadero arte es hermanar bien los dos estilos de vida. Solo la vida activa no es suficiente, porque sin la vida contemplativa no recibimos la devoción ni esa dulzura para no estar quejosos en el servicio, como Marta. De esa forma, aprenderemos a estar con quie-

tud en la presencia de Dios. No obstante, hay algunas imperfecciones en la vida mixta.

El principal peligro que acecha nuestra vida espiritual es quedarnos con las cosas de Dios, y no con el Dios de las cosas. Así, nuestro primer enemigo es la carne, nuestro temperamento. Es como un «defecto de fábrica» que tenemos que ir restaurando. Y, para forjar nuestro carácter, necesitamos la gracia santificante.

En segundo lugar, la poca experiencia y la falta de discreción nos impiden, a veces, escoger lo que más nos conviene y hacer lo que Dios quiere, cuando Dios quiere, como Dios quiere, y punto. También debemos tener cuidado con el amor propio y los apegos desordenados, porque nos podemos desbocar. Por eso, necesitamos la purificación con la que domarnos a nosotros mismos como muestra de amor a Dios.

«Solo una cosa es necesaria». Tenemos que unificar todas las cosas en un todo unitario, ver toda la vida cristiana de forma unificada y hacer cada cosa y todo por amor a Dios. En palabras de san Agustín, «conviene orar sin desfallecer», porque, aunque nosotros paremos, el demonio no lo hace.

¿Cómo es posible aprender a orar así? Estudiando en la escuela de la cruz. En la cruz desborda el amor más que el sufrimiento: mi Señor va a la cruz por mí. Y podemos contemplar la Pasión y compadecernos de Él. Así que ¡detente! Detengámonos a considerar el precio de nuestra alma: la sangre de Dios. Y Jesús que calla en la cruz. Solo nos deja sus últimas siete palabras:

- Caridad para con los pecadores impenitentes («No saben lo que hacen»), los penitentes («Hoy estarás conmigo en el Paraíso») y para con las almas fervientes («Mujer, ahí tienes a tu hijo»).



- La desolación y la desesperación sentidas, al ver el mal de toda la humanidad y las almas que se iban a perder en el Infierno («¿Por qué me has abandonado?»), mientras sentía una sed física y espiritual por todas ellas («Tengo sed»).
- Por último, inclina la cabeza y da su vida, porque ha consumado todo, y entrega su alma. En todo este proceso de contemplación y devoción, no debemos olvidar que nuestros nombres están escritos en el reino de los Cielos. Aunque podemos tener la tentación de pasar a la resurrección rápidamente, primero tenemos que aceptar y abrazar la cruz. Jesucristo resucitado nos da la paz (de tres maneras) y nos enseña sus llagas (en las batallas).

Como Sumo Capitán, nos infunde paz antes de la batalla, o lo que es lo mismo, nos anima a avivar la llama día a día por la vida contemplativa. Nos da la paz mientras nosotros batallamos, Él va a la cabeza. Tenemos que luchar, aunque sabemos que la guerra ya está ganada: la ganó nuestro Señor con su sangre. Y nos da la paz después de la batalla: hemos hecho lo que teníamos que hacer.



Participantes del Retiro de Cuaresma

Este amor, finalmente, consiste en comunicación por ambas partes. Primero, gratitud por los bienes recibidos del Señor. Segundo, una mirada contemplativa para ver nuestra vida desde la fe. Por la gracia, Dios inhabita por entero en nuestra alma, se nos da por completo porque quiere nuestra santificación. Nuestra tarea diaria, estando de retiro y estando en casa, es ir descubriendo «las mil gracias que derramando pasó», como escribía san Juan de la Cruz. Unidad en la multiplicidad por amor a Dios y al prójimo. Y, así, podremos devolver lo que por justicia merece el Señor de cada uno de nosotros.



Cristo y los pecadores arrepentidos. Gerard Seghers

Francisco José Alegría Ruiz Canónigo-Director del Museo de la Catedral de Murcia

Durante la Reforma Católica y el Barroco la iconografía cristiana incorporó diversos temas que reflejan nítidamente el pensamiento católico y las convicciones en las que se mantuvo la Iglesia tras la conmoción provocada por Lutero y los otros heresiarcas. Concretamente, los asuntos relacionados con la penitencia adquirieron un notable protagonismo en los templos de buena parte de la Cristiandad. El Concilio de Trento había afirmado, en sus sesiones VI y XIV, la verdadera doctrina sobre la justificación y el sacramento de la penitencia, y era necesario mostrar plásticamente el valor del arrepentimiento, de la confesión y de la misma penitencia.

En el ambiente religiosamente convulso de Amberes de finales del siglo XVI, tras la recuperación en 1585 de la ciudad por los tercios españoles capitaneados por Alejandro Farnesio, nació en el seno de una familia calvinista convertida al catolicismo Gerard Seghers (1591-1651). Son varias las pinturas de temática religiosa de su producción, y de entre ellas ha llamado siempre la atención, por su original iconografía, la de "Cristo con los pecadores arrepentidos", obra conservada en el Rijksmuseum de Amsterdam. Aunque se trata de un lienzo cuyo asunto no se corresponde con ninguna escena evangélica, sin embargo, es expresión de la esencia de la redención obrada por Nuestro Señor y la necesidad de penitencia, ilustrada con Cristo entre siete personajes bíblicos célebres por su arrepentimiento. En el centro de la composición, Cristo sentado en un trono se muestra a la vez como redentor, rey y juez. Viste túnica roja, alusiva a la sangre derramada para el perdón de los pecados, mientras deja ver las llagas de sus manos, pies y costado. Sostiene con la izquierda el estandarte victorioso de la cruz y mira fijamente al espectador con satisfacción, queriendo presentar con la diestra a los personajes que le acompañan, como recompensa o trofeo de su pasión. Junto a él y a los pies de su trono siete penitentes bíblicos se muestran como su corte. A la izquierda de Cristo, San Pedro, quien lo negó en la casa del Sumo Sacerdote, y el Hijo Pródigo, que abandonó la casa paterna y sentado en el suelo deja ver sus pies descalzos y sus ropas ajadas. Inmediatamente a la derecha, el rey David quien tomó a la mujer de Urías y a él lo mandó a una muerte segura, y María Magdalena, como la mujer adúltera que en casa de Simón en Betania ungió los pies del Señor. Detrás de ellos el publicano, que en el evangelio de Lucas oraba en el templo humillado sin levantar la cabeza; Zaqueo, jefe de publicanos, que parece elevar la mirada a un árbol, como el sicómoro que le permitió ver a Jesús; y finalmente Dimas, el ladrón, que porta la cruz en la que fue crucificado.

Son un total de siete personajes y todos ellos tienen en común su condición de pecadores, pero sus actitudes de humildad nos recuerdan cómo todos fueron célebres por su arrepentimiento y penitencia: las lágrimas de San Pedro y la Magdalena; el deseo de regresar a la casa del Padre del Hijo Pródigo que confesó "He pecado contra el cielo y contra ti"; el buen ladrón, que conminó a Gestas diciendo "recibimos el pago de nuestros delitos" y arrepentido confesó a Cristo y pidió lo recordase en su reino; el publicano que en el templo oraba diciendo "¡Oh Dios, ten compasión de este pecador!"; Zaqueo que arrepentido quiso entregar la mitad de sus bienes a los pobres y cuatro veces más a quien hubiera defraudado; y el rey David que rezaba "Contra ti, contra ti sólo pequé, por tu inmensa compasión





Gerard Seghers, "Cristo con los pecadores arrepentidos"

borra mi culpa". Siete penitentes que nos hablan de la victoria total de Dios sobre el pecado y su disposición a derramar su sangre redentora en el sacramento de la penitencia sobre los que se arrepienten.

Un mensaje es claro en el lienzo de Gerard Seghers: Cristo muestra las llagas de su pasión, por la que nos ha rescatado del pecado, pero son los que se arrepienten de sus pecados los

que se lavan en su sangre. Y así lo recuerda el Concilio de Trento "aunque Jesucristo murió por todos, no todos participan del beneficio de su muerte, sino sólo aquellos a quienes se comunican los méritos de su pasión". El triunfo de Cristo es rescatar al hombre del pecado, y para ello es necesario el arrepentimiento y la penitencia, dejando atrás, como todos los personajes del cuadro, el pecado para recibir la gracia del perdón.



¿Cómo sabemos que hay Dios?

Víctor Asensi Ortega Universidad de Valencia

Sabemos que hay Dios porque la razón lo demuestra y la fe lo confirma. Lo que más me sorprende de la 23ª pregunta del catecismo de San Pío X es el orden en el que enuncia la respuesta. No dice «la fe lo muestra y la razón no lo repudia», sino «la razón lo demuestra y la fe lo confirma». El catecismo afirma que para sostener el teísmo (la idea de que hay Dios o «que Dios existe», como suele decirse ahora) no hace falta el dato revelado, sino que basta la simple razón.

Aunque todas las verdades de fe son razonables, no creemos en ellas porque la razón las demuestre. Pero eso no quita que ciertas verdades contenidas en la Fe sean accesibles también por la razón, incluso en materia moral. El ejemplo por antonomasia serían los mandamientos. Propiamente son de ley natural, y por tanto accesibles a la razón, pero la revelación de Dios los recoge, confirma, consagra y eleva¹. Del mismo modo,

la existencia de un Ser Superior que tiene las cualidades de Dios —o *teísmo*— no es un dato al que se llegue exclusivamente desde la fe sino que, como los mandamientos, la razón lo demuestra y la fe lo confirma.

"Pilares de la Creación", unas nubes de gas fotografiadas por el telescopio Hubble en la Nebulosa del Águila, a 6500 años luz. Remasterización de hubblesite.org.

La sentencia usa además el verbo demostrar. Los argumentos filosóficos como las cinco vías con las que Santo Tomás abre la Suma no pretenden mostrar que la existencia de Dios sea más probable que su inexistencia, sino que pretenden demostrarla con certeza objetiva. Quizá las cinco vías sean las más famosas, pero hay muchos más argumentos filosóficos a favor del teísmo. Y es que nuestra actual civilización ilustrada, probablemente la primera atea de la historia, se enfrenta sola a la práctica totalidad de culturas que, pese a discrepar ampliamente sobre Dios y su relación con el hombre, daban por sentado el teísmo.

¹ La Ley antigua constituye la primera etapa de la Ley revelada. Expresa muchas verdades naturalmente accesibles a la razón, que se encuentran afirmadas y convalidadas en las Alianzas de la salvación. Sus prescripciones morales, recogidas en los Mandamientos del Decálogo, ponen la base de la vocación del hombre, prohíben lo que es contrario al amor de Dios y del prójimo e indican lo que les es esencial. (Compendio del Catecismo, 418).



Pero este pujante ateísmo no nace en nuestra época por haber rebatido filosóficamente a Dios. El asesino es otro. Desde los primeros ilustrados hasta los actuales postmodernos (pasando por nihilistas, positivistas...) todos parecen estar de acuerdo: la ciencia mató a Dios. En el imaginario colectivo «Dios» evoca una creencia sin fundamento que, en el mejor de los casos, aspira a «cubrir los vacíos» que deja la ciencia. Los creyentes colocan a Dios donde la ciencia no llega. Es lo que se conoce como «el dios de los vacíos».

Por ejemplo, para esta teoría, cuando el hombre pre-ilustrado no sabía qué había creado el universo, zanjaba el asunto creyendo que lo había creado Dios. Pero cuando la ciencia explicó el origen del universo, dejó de tener sentido poner ahí a Dios. Y esta jugada, piensan, se repetirá hasta que Dios quede completamente desterrado de la explicación racional. El ejemplo no está elegido al azar. La explicación científica del origen del universo (normalmente el *Big Bang*) se contrapone constantemente a la creación divina del universo. Quizá solo rivalice en insistencia con la evolución y la creación divina del hombre.

Por otro lado, los argumentos filosóficos teístas siguen un esquema diferente. Parten de premisas que suelen ser observaciones de la naturaleza, y a partir de ellas, infieren por lógica la existencia de un ser que, por sus atributos, identificamos con Dios. El método científico, diseñado para estudiar la materia, no puede probar la secuencia lógica ni la conclusión final. Esto es lo que genera que los cientifistas rechacen el argumento filosófico y por lo que piensan que la explicación empírica hace la filosófica prescindible. En realidad, lejos de la confrontación, la ciencia puede reforzar y verificar las observaciones de las que parten estos argumentos y darles más robustez.

Tomemos como ejemplo uno de los argumentos más afamados, el argumento llamado *cosmológico kalam* (por provenir de la escolástica islámica) que encuentra su formulación mo-

derna en el silogismo propuesto por William Lane Craig²:

- 1. Todo lo que comienza a existir tiene una causa.
- 2. El universo comenzó a existir.
- 3. Luego, el universo tiene una causa.

Por el desarrollo ontológico de esta causa, Craig añade que «si el universo tiene una causa, entonces un Creador personal incausado del universo existe que, *sans* el universo, es carente de comienzo, inmutable, inmaterial, atemporal, a-espacial, y enormemente poderoso». Es decir, Dios.

La clave del silogismo está en si el universo comenzó a existir. En filosofía esta proposición ha sido ampliamente debatida. Se dice que Aristóteles pensaba que era eterno, y en la Suma Santo Tomás afirma que el comienzo de la existencia del universo lo sabemos sólo por la fe, que de otro modo es indemostrable, y que se debe tener esto presente para que nadie «presumiendo de poder demostrar las cosas que son de fe, presente argumentos no necesarios y que provoquen risa en los no creyentes, pues podrían pensar que son razones por las que nosotros aceptamos las cosas que son de fe»³.

A principios del siglo XX, cuando los científicos no se persuadían con el dato revelado de que el universo había comenzado a existir, la opinión generalizada era que el universo era eterno y estático. Esto es, el universo era incausado y por tanto no tenía necesidad de creador. Tal era el dogmatismo con el que se aferraban a esta idea, que cuando la relatividad general revolucionó la cosmología, el propio Einstein añadió una «constante cosmológica» (Λ) que compensaba sus ecuaciones para mantener el universo estático⁴.

² Craig, William Lane; Moreland, J. P. (2009). The Blackwell Companion to Natural Theology. John Wiley and Sons. ISBN 978-1-4051-7657-6.

³ Ia, q. 46, a. 2, r.

⁴ El artículo original de Einstein está disponible aquí.



Ya entonces se sospechaba que el universo no era estático. La luz que nos llega de las galaxias se desplaza del azul al rojo (corrimiento al rojo) y se sospechaba que fuera por el efecto Doppler. El efecto Doppler es el cambio de frecuencia de onda aparente por el movimiento relativo de la fuente respecto al observador. Es decir, que si la luz de las galaxias se desplazaba al rojo, quería decir que se alejaban de la Tierra. Hoy sabemos que efectivamente así es como ocurre.

En 1927 el astrofísico y sacerdote jesuita Georges Lemaître propuso que el corrimiento al rojo se debía a la expansión del universo y resolvió las ecuaciones de la relatividad general de forma acorde (Λ =0). Se dice que ese mismo año, cuando le presentó su trabajo a Einstein, éste le dijo que «sus cálculos eran correctos pero su física era atroz». No son pocos los que dicen que los científicos de la época eran reacios a la teoría de Lemaître porque venía de parte de un sacerdote católico, que estaba «interesado» en que el universo no fuera eterno.

No obstante, cuando en 1929 Hubble observó las distancias predichas por Lemaître descubriendo la «ley de Hubble» o «de Hubble-Lemaître» las evidencias obligaron a Einstein y la comunidad científica a retirar la constante cosmológica y aceptar que el universo se expandía⁵. Pero no conforme con eso, Lemaître iba más allá y propuso que toda la expansión podía revertirse hasta un único «cuanto primigenio» que marcaría el comienzo del universo, antes del cual «las nociones de espacio y tiempo carecerían de significado». O en otras palabras, que el universo comenzó a existir en un momento preciso⁶.

Las críticas al trabajo de Lemaître no cesaban. Incluso en el artículo en el que Lemaître expone su teoría, cita que Arthur Eddington calificaba la idea de que el universo comenzara a existir como «filosóficamente repulsiva». Aún más, la teoría de Lemaître no se conoce como «la del cuanto primigenio» sino «la del *Big Bang*» – el término peyorativo con el que se refirió a ella Fred Hoyle, artífice y firme defensor del modelo estacionario del universo. Aun con todo, las pruebas a favor de Lemaître fueron acumulándose hasta que por fin, con Lemaître aún vivo en los sesenta, el descubrimiento y estudio de la radiación de fondo cósmico confirmó definitivamente que el universo comenzó a existir hace unos 13.787 millones de años, más menos 20 millones⁷.

¿Significa esto que el Big Bang demuestra la

existencia de Dios? No. Lo que sí demuestra es que el universo comenzó a existir. Este dato, que Santo Tomás consideró indemostrable por deducción lógica, es demostrable por el método científico. El argumento kalam es un buen ejemplo de cómo la ciencia puede encajar y robustecer razonamientos filosóficos. El método científico, la mejor manera de obtener conocimiento sobre el mundo material, es extremadamente útil validando o falseando premisas desde la que pueden partir razonamientos filosóficos como el argumento kalam. Estrictamente, lo que hoy llamamos ciencia, el estudio de la parte medible de la realidad, es hija de la filosofía. Newton lo resume en el título de su opus magna: Principios matemáticos de la filosofía natural. Y aunque puedan intentar diluirlas al máximo, la ciencia asume necesariamente verdades filosóficas como el esencialismo o que el hombre puede conocer verazmente el universo. Ciencia y filosofía son dos caras de la misma moneda: la búsqueda del hombre de la verdad. Y aunque el hombre puede llegar muy lejos buscando por su cuenta la verdad, la Fe se encuentra en otro orden

de verdad, el de la verdad revelada. En este

sentido, Lemaître dirá8:

⁵ El artículo original de Hubble está disponible aquí.

⁶ Lemaître, G. The Beginning of the World from the Point of View of Quantum Theory. Nature 127, 706 (1931). Ver aquí.

⁷ No confundir la radiación cósmica de fondo con la radiación de fondo de microondas. Más sobre la datación del univero aquí.

⁸ Citado por Juan Pablo II en la academia pontifica de las ciencias, disponible <u>aquí</u>.

¿Necesita la Iglesia a la ciencia? Ciertamente no, la Cruz y el Evangelio le bastan. Pero nada humano es ajeno al cristiano. ¿Cómo podría la Iglesia no interesarse en la ocupación más noble y estrictamente humana: la búsqueda de la verdad?

Porque sí, argumentos como el kalam demuestran que hay un Dios, ¿pero qué Dios es ese? El dios del teísmo es un dios que entristecería profundamente a cualquiera. No es un dios al que puedas rezar porque no es un dios que escuche ni que se preocupe por ti. El propio argumento kalam implica también que Dios no tiene por qué crear el universo. Siendo inmaterial, eterno e incausado, no lo necesita. Si lo ha creado, es porque quiere.

¿Y por qué querría? Ahí entra la Revelación. Dios, nuestro Dios Uno y Trino, no es simplemente la causa incausada o el motor inmóvil. Es el Padre Creador pero también el Hijo Redentor. Dios no nos ha creado y dejado solos, sino que se ha revelado hasta al punto de hacerse carne en Jesucristo y redimirnos. Dios nos ha dejado su Espíritu Santo Paráclito que aún hoy anima su Iglesia.

De entre toda la Revelación que custodia y administra la Iglesia, una pequeña porción dentro de la parte que corresponde a las verdades reveladas, a veces nos revela datos sobre el mundo material: por ejemplo, que en el principio no había nada y Dios hizo el día y la noche —que el universo tiene un comienzo estricto. Y sí, aunque ese dato lo ha sabido por fe cualquier cristiano anterior a Lemaître, desde él podemos decir también de ese dato que lo demuestra la razón y la fe confirma.

Pero Dios no ha venido a la Tierra a decirnos eso. Ni siquiera ha venido a decirnos que existe. Y reducir la Iglesia a una colección de datos sobre el mundo material, incluido el dato de la existencia de Dios, es vicio típico del debate entre ciencia y Fe y de aquellos que piensan que Dios nos dejó solo escrituras. Que hay Dios está sobradamente demostrado. Para saberlo no hace falta Iglesia ni Revelación, ¿qué clase de dios se manifestaría al hombre solo para decirle que existe? No, nuestro Dios ha estado grande con su pueblo. La Iglesia es mucho más que eso. La Fe es mucho más que saber que Dios existe.





Notas de actualidad

II Encuentro de Jóvenes NSC-E

El último fin de semana de abril tendrá lugar en Priego (Cuenca) el II Encuentro de Jóvenes de Nuestra Señora de la Cristiandad - España. En él se realizarán actividades de piedad, formativas y lúdicas, que servirán para estrechar lazos entre los jóvenes devotos de la antigua liturgia. La inscripción puede realizarse aquí.





Abierto el plazo para la creación de capítulos

Hasta el 5 de mayo se aceptarán solicitudes de creación de nuevos capítulos para la IV Peregrinación Nuestra Señora de la Cristiandad - España. Los requisitos y el procedimiento a seguir puede leerse aquí.



Laus Deo, Virginique Matri